

Sin embargo, el viento mugía en la floresta
y entre las nubes vagaba el trueno errante
antes de que la aurora en Oriente despertase.

¡Oh, queridas nubes, oh cielo, oh tierra, oh astros!
parte la amada mía: tened piedad, si es que halla
piedad en el mundo un infeliz amante.

¡Oh tempestad! despierta y haz la prueba
de sumergirme en tu torbellino hasta tanto
que este sol y esta tierra se renueven.

Se abre el cielo, cesa el aire; en todas partes
quietos están la hierba y el follaje, y me deslumbra
la luz del sol cruel lleno de llanto.

TOMÁS MORALES.

El más bello de los idilios es sin duda *El Infinito*. Quince versos solos, que bastan para levantar el pedestal de un poeta. Este, como todos los idilios que produce desde 1819, en cuya primavera le dió á luz, hasta 1820, está escrito en endecasílabos libres. En estos pocos versos el poeta ha tenido el acierto de hallar lo que podría llamarse un *ritmo dormido y silente*, que recuerda *Una brisa sin rumor*, de Espronceda, en el que parece que los acentos rítmicos inmovilizan la frase, para darnos idea de la quietud soberana capaz de ascender á lo infinito por la paralización de la vida, que viene á constituir lo eterno de la existencia en su más pura abstracción.

Esta idea del infinito es una *idea que se siente* mejor que la razón puede concebirla y la palabra expresarla. ¿Quién de haya escuchado ante el mar en calma ó en el silencio de la campiña el *canto mudo* de la Naturaleza no ha comprendido el infinito?

Es una dulce paz, es una calma, es un sedimento de otras vidas, una mezcla de nuestro existir con el existir del Universo, que sólo se nos revela en la calma y en la soledad. Es un sentimiento de lo sublime, que no se produce rompiendo la belleza su armonía en la tempestad ó el dolor, sino en el dulce abandono de la materia. Cuando entre unas ruinas solitarias, que no tengan la grandiosidad del Coliseo, sino la sencilla calma de un claustro abandonado, entre columnas y arcadas ruinosas, donde un árbol viejo cobija con sus ramas la hierba verde y algún rosal sin flores crece cerca de los ángulos, nos despojamos del pensamiento y los nervios ceden en su presión de vida, el espíritu parece abandonarnos y la materia, feliz de no trabajar para mantener á quien la atormenta, comprende el infinito, la nada, en donde todo se pierde, se deshace, se

confunde, sin forma, en algo que se ha llamado Nirvana, y que consiste en no ser nada para serlo todo. En esos momentos la idea del infinito habla, y las almas que sufren saben oírlo.

Leopardi concebía en su cerebro privilegiado las ideas abstractas, que no son patrimonio de todos; la del Infinito había desgarrado para él los velos del misterio. Un día, en Pisa, el profesor Puccinotti le hablaba de los vulgares consuelos de la religión para las almas que padecen, y Giacomo, sin atenderlo, abstraído, se dijo: «Siento que hasta el dolor tiene su Infinito.» Anegarse en él para que su voluptuosidad llegue á convertirlo en goce y naufragar perdidos en esa Nada en que todo se confunde y se amalgama.

No falta quien asegura que esta obra magnífica se la sugirió á Leopardi los idilios de Mosco, los cuales había traducido en los últimos cuatro meses de 1815. No hay, sin embargo, semejanza entre la emoción que le produce la tempestad en el mar á un pastor griego, y que le hace exclamar:

...Oh quanto dolcemente
d'un platano chiomato io dormo all'ombra!
Quanto m'é grato il mormorar del rivo,
che mai nel campo il villanel disturba!

(...¡Oh cuán dulcemente
del penacho del plátano duermo á la sombra!
¡Cómo me es grato el murmurar del río,
Que nada en el campo al villano incomoda!)

y que constituye una añoranza y una conformidad con la paz tranquila y mediocre de su vida, en contraposición con el sentimiento que la quietud de la Naturaleza, mezclándose á su misma alma, produce á Leopardi:

...Tra questa
immensità s'annega el pensier mio
e il naufragar m'é dolce in questo mare.

(...De tal modo en esta
inmensidad se anega el pensamiento,
y el naufragio me es dulce en este mar.)

Es imposible expresar la idea de lo sublime del modo que aquí lo ha hecho el poeta. Críticos, no artistas, han creído encontrar el pavor que la contemplación de la Naturaleza infunde en el hombre, fundándose en la frase:

...Ove per poco
il cor no si spaura.

(...Y casi tiembla
cobarde el corazón.)

pero lejos de eso, Giacomo se recrea en aquella contemplación. Su estética consiste en ver la Naturaleza de un modo particular suyo, haciéndola rimar con su propio espíritu. El no ha formulado respecto á esto una regla ni una definición, y sin embargo, se desprende de los hechos la definición y el precepto que enunció Zola como esencia del Arte: «La Naturaleza vista según su temperamento.» Se adelantaba tanto á su tiempo, que aun después de un siglo no es patrimonio de todos **el comprenderlo.**

Entre sus libros de estudio se han encontrado á veces argumentos de sus idilios. Como un rayo de luz entre las sombras fulguraba en su pensamiento el resplandor de la poesía, y Giacomo, dejando el fatigoso trabajo de erudito, apuntaba las ideas que más tarde habla de vestir con las galas de la forma poética.

Era tan aficionado á no perder el tiempo, que Puccinotti cuenta que estando un día cerca de él, mientras escribía su diálogo *Ruischio e le Mummie*, vió que al acabar cada página tomaba la gramática inglesa y leía y recitaba un verbo, volviendo de nuevo á su labor. El profesor le preguntó por qué hacía esto, y Giacomo contestó: «Yo no uso jamás arenilla, y en el tiempo que tarda en secarse lo escrito, aprendo el inglés; así he aprendido el alemán.» ¿Puede negarse la organización privilegiada de su cerebro?

En los bocetos de que me ocupaba antes puede formarse idea exacta de su modo de componer. Veamos uno:

«Idilio: Sombra del techado, lluvia matutina, según el diseño de mi padre Iris al salir el sol. Luna caída según mi sueño. Luna que, según los aldeanos, hace negras las carnes; donde yo oí á una mujer que aconsejaba riendo á la compañera sentada á la luna que escondiera los brazos en el delantal. Bajo del cobertizo en el cual discurrían las dos mujeres entre sí, la una decía:

»—¡Quién sabe cuándo fructificarán!

»Y la otra, en tono debilísimo:

»—¡Oh, calla; que si yo he gastado tanto y Dios quisiera!, etc.

»Gallinas que tornan espontáneamente de noche á su albergue cubierto, gorrión solitario, campiña en gran declive que permite ver á los que pasan lejos, aldeanos que

cruzando por ella se pierden de vista. Otra imagen de lo infinito.»

Como se ve, este es el esbozo de un verdadero idilio, en el cual, sin embargo, le persigue su propia visión. Copiaré aún otro que se lee en sus *Cartas napolitanas* y con el cual se conocerá su modo de concebir:

LAS JOVENCITAS SORPRENDIDAS POR LA TEMPESTAD

Doncellitas corrían por el campo
corriendo y saltando,
cogiendo flores, jugando, etc.
Sin advertir que sobre los Apeninos,
á lo lejos, se forma un tiempo negro
y resonaba á lo lejos el trueno;
pero ellas no lo notaban, porque el sol
rielaba aún sobre la menuda lluvia.

«Levantóse el viento de improviso y se cerró todo el cielo; entonces las jóvenes se decían unas á otras: «Me parece oír la campana (torre) de la ciudad, dar la señal de temporal.» «Aquí no se encuentra cabaña ni techado. ¿Qué haremos?» Otra decía: «¡Oh, Dios! que el viento me ahoga; yo no tengo aliento; conviene que me vuelva atrás.» Esta otra: «Esta planta ved cómo se dobla», etc. Otra: «¡Oh, Dios; qué relámpago! ¡Me ciega!» «He aquí una granizada.» Las vacas, asustadas, huían de la tempestad por las praderas, etc., y pasaban á gran carrera. Jadeantes las vacas por el campo, huyendo (y en una gran carrera. Anhelantes, las vacas iban huyendo por el campo).»

Y moribundas en tierra iban,
con el ala medio cerrada y palpitando,
se debatían entre la hierba y entre el polvo,
así las pobres jóvenes en un momento
yacían sobre el campo... Y en pos suyo
con gran dolor sus padres las buscaban.

Esta imagen del polvo en medio de la lluvia es una ficción propia de Leopardi, que se halla en más de una ocasión y que demuestra el modo especial suyo de ver las cosas, mezclando á lo real la fantasía.

Que la verdad y el ensueño se confunden en él, se ve bien claro. *La luna caída según mi sueño* es una frase reveladora, por lo mismo, que aparece en un apunte que nadie ha de ver, según cree. No es lo real sólo lo que quiere, necesita poner en ello el brochazo de oro de su inspiración. Una luna y un cielo superiores á los que todos vemos, la luna y el cielo del poeta.

Así en *El Infinito* dice de aquella profundísima quietud:

Yo nel pensier mi finjo
(Finge mi pensamiento)

y luego añade:

io quello
infinito silenzio á questa voce
vo comparando.
(...Aquel silencio y las presentes voces
voy comparando...)

Y así llega á la idea de lo infinito por el contraste de su sueño, de la quietud que desea y la realidad de la vida que lleva hasta él el convencimiento de lo verdadero. Es en aquel contraste, entre el deseo del bien supremo que encarna «la muerta estación» y el mal presente, como su pensamiento se anega y se sumerge en deseos y dudas que acaban por conducirle hacia la concepción de la nada, del reposo supremo, de modo que

El naufragio me es dulce en este mar.

Verso amoroso de amante que se entrega todo entero en brazos del no ser.

Se entrega en brazos de la Naturaleza como en los de los que más tarde serán sus divinidades supremas: Amor y Muerte; se entrega sin un grito, sin un gemido, sin una contorsión; así hay en toda la poesía una paz grave, una templanza, una seriedad que parece retener el verso inmóvil en una perfecta correspondencia entre la forma y la idea.

XII

L'Infinito

Sempre caro mi fu quest'erme colle.
E questa siepe, che da tanta parte
dell'ultimo orizzonte il guardo esclude.
Ma sedendo e mirando, interminati
spazi di là da quella, e sovrumani
silenzi, e profondissima quiete
io nel pensier mi fingo; ove per poco
il cor non si spaura. E come il vento
odo stormir tra queste piante, io quello

infinito silenzio a questa voce
 vo comparando: e mi sovvien l'eterno,
 e le morte stagioni, e la presente
 e viva, e il so un di lei. Così tra questa
 immensità s'annega il pensier mio;
 e il naufragar m'è dolce in questo mare.

XII

El Infinito

Siempre cara me fué la solitaria
 colina, y esta selva que nos cierra
 el último horizonte á la mirada.
 Aquí en reposo miro, interminable
 otro espacio surgir, y sobrehumano
 silencio, y profundísimo reposo
 finge mi pensamiento, y casi tiembla
 cobarde el corazón. Pero si el viento
 oigo silbar en las vecinas frondas
 aquel silencio y las presentes voces
 voy comparando; y en lo eterno pienso,
 en la muerta estación y en la presente
 viva y violenta, de tal modo en esta
 inmensidad se anega el pensamiento
 y el naufragio me es dulce en este mar.

TOMÁS MORALES.

A la Luna es otra composición en la que Leopardi, ante la contemplación de la Naturaleza, entra en sí mismo y evoca recuerdos y sentimientos. Una poesía más personal, *más suya* que las otras. Sin duda existe en ella el motivo de esta época, el sentimiento de su tristeza, falta de esperanza, desaliento y desconsuelo, y el modo particular suyo de rimar su estado de espíritu con la descripción que de la Naturaleza hace. Se le ve desde ahora, y se le verá siempre, buscar los tintes fundidos, los crepúsculos, la noche y hasta la tempestad con preferencia al pleno sol. Cuando este astro aparece en sus composiciones es en el amanecer ó en el ocaso, cuando su luz es un resplandor de luna que armoniza las medias tintas. Se ha querido achacar esto á la enfermedad de los ojos que padecía el poeta.

De que Leopardi padeciese oftalmia no puede deducirse, como pretende Sergi, que se empeña en presentarlo como un perturbado en todos los órdenes, que padezca.

32395

Carmen de Burgos
(COLOMBINE)

GIACOMO LEOPARDI

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

*El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
el que vence el espacio y el tiempo...*

RUBÉN DARÍO.

.....
TOMO PRIMERO
.....



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA